

satisface la gracia de este misterio, de tal manera recrea su inteligencia, que cualquiera que llega á conocer la plenitud de cosa tan alta, hallada la plenitud de toda perfección, portador de Cristo, le lleva en su pecho, le lleva en su mente, y en todo tiempo sus palabras y acciones cantan alabanzas de júbilo á su habitador y le rinden acciones de gracias. Esta embriaguez no enciende el pecado, sino que le apaga; en este vino no está la lujuria ni se mueve la lascivia á sus juegos y retozos después de esta bebida. Cuando el olvido ha adormecido todos los vicios de la carne, son cosas maravillosas las que siente, grandes las que ve, inusitadas las que habla aquel en quien habita este Cordero Pascual, que regocija y deleita el alma con alegría inexplicable. El hombre animal no es admitido entre los convidados á la Mesa del Señor; todo lo que dictan la carne y la sangre es excluido de semejante compañía; ni gusta ni aprovecha cuanto intenta la sutileza del sentido.

III

LAS LECCIONES DE JESUCRISTO

MEDITACION

HE HECHO PROFESIÓN DE NO SABER MÁS QUE UNA COSA, Á JESUCRISTO, Y Á ÉSTE CRUCIFICADO.

Este es el resumen de toda la ciencia y vida cristiana: aprender con la mente y corazón á Jesucristo crucificado. Y ¿dónde será más fácil ese aprendizaje, más obvio y prolongado el estudio, dónde hallaráse maestro más hábil y eficaz de semejante doctrina que en los santísimos misterios del altar? En la Eucaristía está el Señor enclavado al Sacramento y sacrificado por los hombres, exhibiendo toda su vida desde el pesebre hasta el Gólgota; cadena continua de amores y finezas incontables; y él propio es el maestro que enseña al que se

y de mendigo! No vive, puede decir-

acerca, por arte arcano, maravilloso y práctico, la disciplina de esa vida.

I

Dios, que mandó á la luz resplandecer de la entraña de las tinieblas, y que resplandece él mismo en nuestros corazones para iluminarlos, proyecta desde el Sacramento difusa claridad para alumbrar sobre nosotros su vida. Lo que fué en Belén, en Nazareth, en el Calvario para las almas fieles de otro tiempo, es ahora para nosotros en el tabernáculo. Lo que escucharon, lo que vieron las turbas judías; lo que resonó á orillas de los lagos, en lo alto de los montes y en el recinto de las Sinagogas, nos lo repiten voces salidas del Sagrario con milagrosa unción é irresistible virtud de persuadir. Amaéstranos por tan adorable misterio si prestamos oídos y cabida en el corazón á sus lecciones en cuanto dijo y enseñó cuando vivía en la tierra vida mortal. En primer punto se nos enseña crucificado, nos educa de modo que muramos para vivir en él. Este es uno de los fines del Sacramento, imprimirnos la muer-

te de Jesús, marcarnos, por decirlo así, con el sello de su muerte: "*Siempre que comiereis este pan y bebiereis de este cáliz anunciaréis mi muerte hasta que yo venga.*" Anunciaréis mi muerte sufrida ya por la salud del género humano, y la anunciaréis como algo que en cierto modo debe continuarse hasta la consumación de los siglos, pues la muerte de Jesucristo está siempre representada en la separación aparente de su Carne y su Sangre en la Eucaristía: la impresión de la muerte del Hijo de Dios debe hacer en todos los fieles, que, á imitación de él, crucifiquen al hombre viejo, á quien Jesús representa en el patíbulo; y este Sacramento, instituido en víspera de la muerte, cuando tristeza mortal agobiaba á Jesús y el espectáculo de todas las perfidias, ingraticudes y tormentos estaba ante su pensamiento contristado, trae en sí el recuerdo más vivo de aquella muerte, como que es la herencia legada casi en horas de agonía: trae en sí la imagen de aquella muerte figurada en sus especies; en la candidez del pan, lo pálido y exangüe del cuerpo muer-

y de mendigo! No vive, puede decir-

to, en lo bermejo y generoso del vino, la púrpura y valor de la sangre derramada: trae, sobre todo, el símbolo más precioso y conmovedor de la muerte del hombre viejo para que nazca el nuevo: el pan, que muere, que deja de ser pan, y el vino, que deja de ser vino al transubstanciarse en carne y en sangre, nos están significando que el hombre terreno y animal ha de morir para transformarse en el hombre espiritual y celeste por cuyo sér discorra y le vivifique la vida del Hijo de Dios. El Señor Todopoderoso que tal milagro obra en un trozo de pan y en unas gotas de vino, ¿qué no hará, qué mutación no llevará á término en la criatura humana?

Aprendo, pues, de tí, Señor, la necesidad de que mueran en mí el cúmulo de rebeldes apetitos que en mí hierve. *Si tú eres nuestra víctima, seámos la tuya. Ofrezcamos nuestro cuerpo como hostia viva, santa y agradable.* La mortificación sea el cuchillo del sacrificio: abatiendo, conculcando y desbaratando nuestros sentimientos de orgullo, impureza y avaricia, tendremos sentimientos de muerte y

estaremos crucificados con Cristo. El hombre nuevo [el de alma cándida como el pan ázimo y sin levadura como él, el de corazón noble y vigoroso como el vino, como éste, rojo, enrojecido por la caridad], brotará en nosotros por la virtud del Redentor; y brotará todo lleno de vida divina como el pan y el vino transubstanciados.

II

Jesús en el Sacramento no sólo enseña á morir, nos alecciona también en la vida nueva. Con sobrehumana luz y edificante ejemplo nos pone de relieve en su hermosura y amabilidad, la amabilidad y hermosura de aquellas sendas de la nueva vida que enaltece y ofrecía colmar de bienandanza en el sermón de la montaña.

Bienaventurados los pobres. ¡Qué pobrecillo está Jesús en la Eucaristía! Si pobre vivió en Palestina, más pobre aparece aquí; ya ni aun ostenta su forma de esclavo y de leproso arrojado á extramuros, ni apariencia de hombre ya, sino forma de cosa inanimada. ¡Cómo se ha puesto de pobre y de mendigo! No vive, puede decir-

se, sino de limosna; no posee sino lo que la caridad quiere buenamente darle. Sus templos, sus altares, las especies á que se subordina su nacimiento sacramental, los lienzos en que se envuelve, todo le viene de limosna. Es un pobre á todo resignado. Que hay templos destartalados y sucios, pues allá va si se le lleva; que sagrarios desvencijados y polvientos, pues en ellos está si se le encierra; que lenguas sórdidas y alimentos corrompidos y vestidos haraposos, no se fija en que lo son para unirse á los hombres.

A su lado mil palacios elevan su grandeza, empinan sus torres, presumen sus fachadas y ostentan su lujo: él se oculta en un albergue más pobre que los pobrísimos. Junto á él las doradas salas inundadas de luces, sonando de músicas, atraen y sorben gentes numerosas ávidas de placer; las plazas se enjambran de divertidos y codiciosos, los teatros retumban de aplausos y concentos, y hasta los sitios exclusivamente destinados á pelear están concurridos y ruidosos en tanto que él mora solitario y abando-

nado en humilde, obscuro y silencioso retrete. ¿Con esas lecciones te desvivirás, alma mía, por las riquezas?

Bienaventurados los que lloran. Jesucristo continúa en el Sacramento su tarea compasiva de llorar sobre la indiferencia de Jerusalén, pues no entienden aún muchísimos hombres lo que puede darles la paz. El, *que en los días de su vida mortal ofreciendo al que podía salvarle de la muerte preces y ruegos con valioso clamor y lágrimas fué oído por su reverencia* [1] no ha restañado esas fuentes de llanto, *su sangre derramada levanta más poderosa queja que la sangre del justo Abel.* En el altar Jesucristo se revisita de todas las fúnebres insignias de la expiación y la penitencia, cubierto de cicatrices nuevamente abiertas por arte místico y glorioso, conservando las sagradas señales de la muerte, y continuando por sus hermanos, por la Iglesia, por el mundo su eterna súplica *vertida con efusión de lágrimas y lamentos.*

Bienaventurados los mansos. Y

1. Hebre. 5. 7.

¿dónde se tiene algo más humilde y manso que Jesucristo en las suaves prisiones que le labró su amor á nosotros? ¿Queda mansedumbre que buscar cuando él allí ha trocado el Sinaí fulgurante y sombrío por el Galaad aromático y resinoso que amigablemente convida á sus repuestas soledades? ¿Queda mansedumbre que pedirle cuando él cambia rayos por caricias, gloria por humillaciones, ira por amor y poder por anonadamiento? Aprendamos de él *que es manso de corazón.*

Bienaventurados los misericordiosos, y él en ese Sacramento se ofrece como en cisterna escondida que contuviese un mar de misericordia. *Bienaventurados los pacíficos*, y él es el pacífico, el príncipe de la paz, que, depuesto todo aparato de guerra y de castigo, viene á nosotros como olvidando que le apellidaron con justicia *Dios de los ejércitos*, á traernos la paz más interior y bonancible.

Bienaventurados los limpios de corazón, y él es el *Cordero sin mancha, el ázimo puro, el esposo de las vírgenes*, que no se apacienta sino entre

lirios. Todo es de virginal y santa limpieza en este Sacramento. ¿Y oso acercarme á él sin el vestido de boda, con ropas de virtudes viejas y enfangadas?

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Jesucristo padece aún aquella sed que le devoraba y le hacía gritar en la cruz *tengo sed*; no sed de los labios y el paladar, sed que rechaza la esponja empapada de los esbirros, porque es sed de corazón, que busca corazones amorosos; sed de almas que le rodeen como aguas cristalinas; sed de justicia que quiere justos.

Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia. Si el discípulo no es más que el Maestro, ¿qué debemos esperar y desear sino persecuciones y contradicción cuando El es bandera de contradicción? En el Sacramento sigue siendo esa enseña de batalla, blanco de infinitos tiros: ora la incredulidad le niega y le blasfema; ora la indiferencia le abandona: ya el despreciativo desaire corta el paso á sus amorosas visitas. ¡Qué de discípulos le dejan y le niegan; qué

de Judas le traicionan y venden; cuántos verdugos le hieren, abofetean, azotan y conculcan!

Estas son, alma, las sacrosantas lecciones de Jesús.

ASPIRACIONES

(De S. Agustín).

Señor Dios mío, dulzura de mi vida, luz de mis ojos, ¿qué te daré en retorno por tus beneficios? Quieres que te ame, Dios mío; pero ¿cómo amarte, ni en qué medida, ni qué soy yo para amarte? ¿Qué deuda te agobia, alma mía; hete ahí colmada de riquezas cuando de tí misma nada tienes! Y para desatarte de esta deuda no tienes más que amar, pues el más justo y natural pago de las deudas de amor es el mismo amor.

Dios mío, yo te amo y quiero amarte más y más, porque me eres más dulce que la miel, más fortalecedor que la leche, más resplandeciente que la luz; y te encuentro más precioso mil veces que el oro, la plata y la pedrería. Todo en el mundo pareceme desabrido si lo pongo en parangón

con los dulzores que en tí saboreo; todo me parece feísimo junto al decoro y hermosura de tu santuario. ¡Oh llama siempre ardiente y nunca consumida! ¡oh amor siempre encendido y nunca entibiado! Amor de Dios, abrázame todo entero para que todo mi sér ame á Dios y sólo á Dios.

LECTURA

(De S. Bernardo).

Cuántos millares de almas del Oriente al Occidente, del Aquilón al Mediodía, acuden á respirar los perfumes de la eterna flor, Jesucristo. Cuántas almas se sacian sin que llegue á empalagarlas, con este divino alimento, realizando estas palabras del dulcísimo Jesús: "*Donde estuviere el cuerpo las águilas revolotearán.*" Y no es carne en estado de repugnante crudeza lo que á pasto se nos da, sino carne pasada por los ardores de la caridad y el fuego de los padecimientos y la muerte. Y aquí es donde se embriagan los fieles, no sólo los del sexo más fuerte y condición más vigorosamente templada, sino también ende-

van de la Comunión, y que es más ge-

bles y tímidas doncellitas, que con todas las aspiraciones de su corazón y las fuerzas de su alma, corren á las delicias de la cruz, explotando, hasta donde es dado en este mundo, los efluvios de goce que se desprenden de la víctima inmolada y consumida en el Calvario entre inexpressables ardores.

Mi bien amado es manojito de mirra que prendo sobre mi corazón. Amarga cosa es la mirra y simboliza cuanto hay de áspero y duro en las tribulaciones. Por esto el alma habla así. Previendo las penas que por Jesús ha de arrostrar, da gracias anticipadamente por la fortaleza y paciencia con que cuenta de antemano por la misericordia de Dios. *Salieron del consejo, dice la Escritura, henchidos de gozo porque habían sido hallados dignos de sufrir insultos por el nombre de Jesús.* Y notad que el texto precitado dice *MANOJITO de mirra*, porque el alma fiel encuentra pequeña y ligera toda aspereza de trabajos por su Jesús. *Cotejados con la gloria futura que en nosotros se revelara, los dolores de la presente vida no son de tenerse en cuenta.* Este mo-

mento tan volador de nuestros presentes padecimientos nos procurará en la eternidad un peso de gloria sublime sobre toda medida. Es, pues, nuestro Jesús *MANOJITO de mirra* y se trocará en inmensidad de gloria. Imitad la prudencia de la Amada del Cántico, sed avisados como ella, colocando el *ramillete de mirra* en la entrada del corazón y no dejándole de allí ni un instante. Todas las amarguras y mortificación de Jesús por vosotros sufridas sean vuestro presente recuerdo, traqueado en incesantes meditaciones por tal arte que podáis decir: *Mi amado ramito de mirra que prendí sobre mi pecho.*

van de la Comunión, y que es más ge-